

XIX Domingo del tiempo Ordinario – Ir hacia Jesús

Cuando niño una de las cosas que más llamaba mi interés era el aprender a dar en el blanco lanzando objetos, ya fuera una piedra para voltear un tarrito, poder encestar en un aro o, por su puesto, asegurar el gol en el arco. Claramente le ponía mucho interés porque no me salía naturalmente.

Recuerdo que comencé a preguntar a quienes sí lo lograban, sobre cuál era la técnica, el procedimiento, la posición, la marca de zapatillas..., y tantos otros detalles que yo pudiera imitar. Las respuestas sinceras consistían en: *mira el blanco, no lo pierdas de vista, y lanzá*. Mi frustración era enorme, pues el “secreto” no existía como tal.

Con el tiempo, cuando dejé de ponerle cabeza, razonamientos y elucubraciones, y comencé solamente a disfrutar y dejarme llevar por el corazón, los lanzamientos comenzaron a mejorar “solos”, volteaba más tarritos, encestabas más seguido y hasta hice algunos goles que ni en sueños hubiera imaginado.

En el pasaje del Evangelio de hoy (Mt 14, 22-33) Pedro, como los demás que van en la barca tienen miedo por la tormenta y por si fuera poco pareciera que un fantasma se les acerca caminando sobre el agitado mar, subiendo y bajando olas cual si fueran lomas de arena.

El temor hace envalentonar a Pedro y sin prestar atención a la tormenta increpa al fantasma: *“si eres Jesús mándame ir hacia ti sobre las aguas”*. Jesús, con la paciencia que siempre demostró con sus amigos, le dijo: *“Ven”*. Y Pedro llevado por su apasionamiento, salió de la barca y comenzó a caminar hacia Jesús..., sobre el mar, subiendo y bajando olas, en el medio de la tormenta.

Fue entonces cuando la cabeza, esa loca de la casa que nos acompaña siempre, tomó el control de la situación y dejando de mirar lo que quería, perdiendo de vista su objetivo, dejando de prestar atención a su corazón, miró al costado, vio las olas, la tormenta y que estaba parado sobre el mar, porque ya tampoco caminaba. Y Pedro comenzó a hundirse.

Seguirlo a Jesús es algo parecido, salvando las distancias, a querer voltear un tarrito con una piedra. Es poner nuestros ojos en Él, dejar que nuestro corazón nos guíe y comenzar a caminar sin quitarle los ojos de encima. No importa el ambiente en el que estemos, sea una tormenta en el mar de Galilea o una angustiada situación de nuestras vidas de hoy. Jesús, nuestro amigo, está ahí, siempre cerca, esperándonos.

Y si por esas cosas que tenemos los seres humanos de prestarle más atención a la cabeza que al corazón, nos comenzáramos a hundir, al igual que Pedro digamos: *“¡Sálvame, Señor!”*, para que Jesús tienda su mano y nos lleve hasta la barca donde nos acogerá y estaremos con Él.

¿Dejas que tu corazón guíe tus pasos?

Fernando Ianchina

Equipo Nacional Red Mundial de Oración del Papa

Argentina - Uruguay